pero sí en la existencia comercial. Sin embargo, las personas muy ocupadas no tienen tiempo para sentir penas prolongadas. El destilador, pues, se puso de luto y se entregó en cuerpo y alma al trabajo. Aquel año decidió del porvenir de la casa y un hábil é incesante reclamo en los periódicos del mundo entero lanzó definitivamente el licor Vernier-Mareuil. La cifra de la venta llegó á ser enorme y los millones empezaron á entrar en caja. Vernier imaginó entonces una combinación que le llevó naturalmente á ejercer la banca. Estaba en relación con los grandes viticultores del Mediodía á quienes compraba torrentes de alcohol para su fabricación, y con frecuencia se ponía en contacto con propietarios en apuro que le ofrecían cosechas enteras de las que no tenía necesidad, pero sobre las cuales prestaba dinero. Hizo construir almacenes en Moret y trabajó en grandes partidas con todos los productores de la Charente. Pronto echó de ver que el comercio del dinero era más productivo que el de los alcoholes y su sistema de adelantos sobre mercancías se convirtió en poco tiempo en una colosal empresa de agiotaje que le hizo dueño y regulador del mercado de aguardientes. Y como los negocios aumentaban en proporciones imprevistas, se instaló en París, en la calle de Châteaudun, en un piso bajo, que pronto tuvo que extenderse al entresuelo y al primer piso. Mareuil entonces fué de una preciosa utilidad. Aquel antiguo agente de reclamos que había recorrido durante tanto tiempo las aceras de París, lleno de barro, para ganar diez francos al día, se reveló como un hombre de negocios de largas miras. Extendió la especulación de Vernier á los aceites y á las harinas, fundó establecimientos en todo el Levante para los granos y acaparó la producción de los olivares en toda la Sicilia, hasta llevar la influencia de

la casa Vernier-Mareuil á las Indias inglesas y al Oriente. La fábrica de licores no era ya más que uno de los anejos, acaso el menos importante, de los negocios que se hacían en la casa; pero Vernier conservaba por esta primera industria, base de su prosperidad, una verdadera predilección. De vez en cuando visitaba con particular placer el laboratorio de Aubervilliers y sólo entonces se podía recordar en él al hombre de la avenida de Tourville, pues Vernier estaba todo lo cambiado que un hombre puede estarlo, tanto en lo físico como en lo moral. El Vernier de barba roja y cabello rizado que, en mangas de camisa, bebía con sus parroquianos, se había convertido en un *gentleman* correcto y frío que tenía á la gente á cierta distancia y no se familiarizaba más que cuando le convenía. Desde que era viudo, había adquirido costumbres de círculo y poco á poco se le habían impuesto las necesidades del lujo. Tenía hermosos caballos, una magnífica casa en los Campos Elíseos y se le conocía una querida muy costosa. No hacía falta más para lanzar á un hombre, y Vernier-Mareuil — pues se había tomado la costumbre de llamarle por su razón social — tuvo que adaptarse á las exigencias de la sociedad en que vivía. Contrajo algunas amistades muy dispendiosas, pues con frecuencia los brillantes *clubmen* tienen grandes necesidades y pocos recursos. Pero Vernier-Mareuil tenía el billete de mil francos sonriente y llevaba á sus camaradas á las carreras en un automóvil de cuarenta mil francos. En fin, había montado en Gourneville un coto de caza de mil quinientas hectáreas en el que se cobraban quinientas piezas cada vez que se hacía una cacería. En semejantes condiciones de existencia, un hombre que no es ni tonto, ni repugnante, ni insolente ni inmoral, encuentra siempre más comensales de los que puede

desear. Vernier-Mareuil estaba, pues, en excelente situación social cuando encontró á la señorita de Vernecourt-des-Essarts. Esta joven no tenía más que madre, una señora más orgullosa que si descendiera de los grandes de la Lorena, y con la cual acababa de roer la escasa herencia del padre, muerto siendo diputado de la Mayenne y jefe de las oficinas de Monseñor el conde de París. Aquella familia era de lo más puro que se puede soñar como *faubourg Saint-Germain*. Vernier conoció á aquellas señoras en un viaje que hizo á Deauville y vió que su vida interior era modesta, pero su apariencia exterior muy brillante. Durante el mes de agosto no se separaban de las personas más aristocráticas de Deauville, que las trataban como si viesen en ellas el magnífico reflejo del poder real. Se decía como cosa corriente: Casarse con la señorita de Vernecourt es tener seguro un gran puesto el día en que vuelva el rey. Pero como, á despecho de sus partidarios, el rey no volvía ni tenía siquiera trazas de intentarlo, los pretendientes á su mano eran escasos y la encantadora Emmelina de Venecourt permanecía soltera, su cutis empezaba á ajarse y sus facciones á endurecerse. Emmelina era todavía joven, pero estaba á punto de dejar de serlo cuando conoció á Vernier-Mareuil por medio de un hombre admirable que ha emprendido en estos tiempos la misión de San Vicente de Paúl y se ha consagrado al alivio de los dolores humanos. El señor Rampín estaba organizando una lotería para su obra de la Protección de la Infancia y había ido á implorar la caridad de sus aristocráticos clientes de Deauville, cuando Vernier-Mareuil, á quien conocía por las importantes sumas que le sacaba todos los años, llegó para pasar la semana de las carreras. Rampín le alistó en seguida en su comité, haciéndole ver que se encontraría en él en compañía de las duquesas y de las marquesas más auténticas. Vernier-Mareuil se resignó y entre las hermosas damas de la aristocracia que se esforzaban por colocar billetes entre sus amigos conoció á la señorita de Vernecourt. Pronto circuló entre las vendedoras una verdadera palabra de orden. Era preciso casar á Emmelina con Vernier-Mareuil. El novio era sin duda plebeyo, pero llevaba un nombre doble, lo que le daba cierto airecillo de nobleza, y, además, allí estaba el Santo Padre, para conceder un título á un buen millonario que daba garantías á la buena causa casándose con una noble en el infortunio. Vernier, acosado y perseguido y seducido por su parte por la novedad de la situación, se dejó tentar y emprendió la aventura. Á los cuarenta y cinco años se casó con Emmelina de Vernecourt des Essarts, que tenía veintiséis, pero de esos que se cuentan dobles como los de campaña. Además tenía su madre, pero él tenía un hijo, el pequeño Cristián, que acababa de terminar sus estudios y entraba en la vida con ideas muy diferentes de las de su padre sobre casi todos los puntos. Cristián era un producto de la nueva educación gimnástica que ha desintelectualizado á la juventud. En el curso de sus estudios había aprendido menos latín que gimnasia y si era flojo en versiones griegas, resultaba un campeón en el *foot-bal*. El *tennis*, el *polo*, el ciclismo y el automovilismo se habían repartido sus favores, y había salido de la Escuela de altos estudios con una nota conveniente, gracias á sus conocimientos en las lenguas alemana é inglesa. Pasó su año de servicio militar en un regimiento de caballería, donde conoció á Longín, Vertemousse y Fabrequier, hijos de familia ricos y sin vocación que estaban pasando con mil trabajos y llenos de aburrimiento sus meses de servicio, y en aquella com-

pañía, Cristián, que siempre había sido sobrio, adquirió costumbres de intemperancia á las que su nombre contribuyó en no pequeña escala. En todos los cafés de la ciudad triunfaba el *Vernier-Mareuil*, y cuando el soldado Cristián aparecía en un establecimiento, era recibido en él como Rothschild en casa de un cambista. Halagado en su vanidad, se hacía servir, para él y para sus compañeros, todas las variedades de licores que el capricho de los clientes imponía á los cafeteros. Se probaba, se comparaba y generalmente era el *Royal-Cordon* amarillo el que triunfaba de los diversos venenos que habían circulado.

— ¡ Papá es siempre el más *chic !*...

— ¡ Se debe de estar poniendo las botas, con el consumo que se hace de sus frascos !

— Y todo para este diablo de Cristián... Aunque quisiera beberse su herencia, no podría.

— Dime, amigo, ¿ por qué no haces que tu familia te envíe unas cuantas cajas de botellas ?

— ¿ Y el sargento ? ¡ Vaya una gresca que armaría !

— Todo sería convencerle á fuerza de tragos...

— Pero eso le haría estallar el cinturón...

En medio de las botellas aparecían pronto las cartas y el juego acababa lo que había empezado el ajenjo, hasta que aquellos jóvenes volvían al cuartel embrutecidos por la borrachera. Cristián no estaba mal visto á pesar del mal servicio que hacía. En una ocasión sacó de apuros al sargento furriel, el cual se había comido los fondos del escuadrón por los bellos ojos de una muchacha de café concierto. Había que encontrar mil trescientos francos en veinticuatro horas para salvar á aquel desgraciado del consejo de guerra, y Cristián los dió en el momento. Todo el escuadrón conocía el negocio. Los oficiales hicieron la vista gorda, el sargento

fué trasladado, y Cristián aprovechó las consecuencias de su buena acción, que había salvado de un mal paso al honor militar. Logró, pues, pasar sin crisis graves ni castigos serios el año de servicio y volvió á París para asistir á la boda de su padre con la señorita de Vernecourt, importante modificación en la existencia paternal que no le colmó de gozo. Además de que el modo de ser de la joven respecto de Vernier-Mareuil no le parecía indicar una ternura impresionante, encontraba inútil que un hombre llegado á la edad madura y que tenía toda clase de facilidades para distraerse, se echase encima el cuidado de una mujer legítima. Así se explicaba con sus amigos, sin consideración alguna hacia el autor de sus días :

— Papá se ha dejado « colocar » un desecho de la aristocracia... La pequeña Vernecourt se iba á quedar para vestir imágenes, pues la madre, con sus penachos, sus pretensiones y sus medias llenas de puntos había desanimado á los pretendientes... Se han arrojado como fieras sobre Vernier-Mareuil y los nobles amigos de mi padre han contribuído á pescarle... Lo que han hecho no está bien, pero cuando se trata de enderezar á uno de los suyos caído en la miseria, esos hijos de los cruzados serían capaces de volver á poner á Dios en la cruz... Papá no ha sabido sacudirse y heme aquí con una madrastra que tiene todas las trazas de estar dispuesta á colorear lamentablemente la frente venerable de mi padre. Ya verá Vernier-Mareuil lo que le cuesta el haber metido la nariz en la nobleza de Francia... Pero, después de todo, allá él... Ya es mayor y sabe lo que hace...

Este modo de apreciar la conducta de su padre da idea de la cordialidad que reinó en las relaciones de la joven señora de Vernier-Mareuil con el hijo de la casa.

Ambos vivieron en un sistema de paz armada hasta el día en que la madrastra encontró la ocasión de prestar á Cristián un buen servicio que introdujo entre ellos la confianza. Como la fortuna de la casa había sido posterior á la muerte de su madre, Cristián había heredado de ella poca cosa y sólo gozaba de unos treinta mil francos de renta, que su padre duplicaba con liberalidades suplementarias. El joven llegaba apenas á cubrir sus gastos con los cinco mil francos mensuales y cuando el juego le era adverso ó las mujeres exigentes, tenía que hacer pequeñas visitas á la caja, que producían debates tempestuosos entre el padre y el hijo. Mareuil, el tío, era todavía más terrible que Vernier y no comprendía los gastos inútiles y suntuarios. Vivía en su oficina de la calle de Chateaudun, ocupado en los negocios de la casa; no salía más que para meterse en su casa del *boulevard Haussmann*, y, excepto una partida diaria de *bridge* en el círculo de los Ferrocarriles, no conocía más placer que el de firmar letras de cambio para el cobro de las ventas hechas en las cinco partes del mundo. La situación financiera de Cristián, que nunca fué buena, llegó á ser un día completamente mala, cuando conoció á Étiennette Dhoriol, una hermosa muchacha que pasaba por tener la más linda garganta de París y que la enseñaba para que todo el mundo se convenciera. Había representado los papeles de *horizontal* en un teatro del boulevard y descubierto de pronto que tenía una voz de *mezzo-soprano* que estaba educando con gran interés. Era una joven muy inteligente, viciosa como un caballo de alquiler y capaz de un crimen para llegar á sus fines. Había sido lanzada por Clamirón, el príncipe de los guasones parisienses, tan conocido por sus extravagancias como Sarah Bernhardt por su talento y Drumont por su fanatismo. Se jactaba de no saber lo que era el amor. Para ella un hombre era un capital explotable al que arrojaba implacablemente cuando ya no respondía á sus exigencias. Ruinosa por principio, no admitía que nadie se escapase de entre sus manos sin dejarse en ellas todas las plumas. Comerciaba con la galantería como los ingleses comercian con la guerra, por el beneficio. Cristián Vernier representó para ella desde el primer momento una magnífica presa, pues tenía detrás de él la casa de banca Vernier-Mareuil y todo el *Royal-Cordon* amarillo, cuya prosperidad proclamaban los carteles pegados en todas las ciudades de Europa. Se anunciaban los millones de litros vendidos cada año y Mareuil había imaginado un reclamo admirable para el producto de la casa: le llamaba el licor laico, para demostrar que era el que convenía á todos los estómagos en vez de los licores fabricados por los frailes, con botellas llenas de cruces. La encantadora Étiennette encontró medio de hacer firmar á Cristián, en tres meses, doscientos veinte mil francos de pagarés, pero, hecho sorprendente, se enamoró de él, y por primera vez supo lo que era el placer, pero no moderó por eso sus pretensiones. Consintió en amarle, pero no de balde. Vernier, entre tanto, al ver presentar los pagarés de Cristián, montó en cólera de tal modo, que los ecos de su furor llegaron hasta su mujer, la cual, muy indiferente en cuestiones de dinero y sin darle más importancia que la de los placeres que proporcionaba, se hizo explicar el caso del hijo de su marido y, con gran asombro de éste, dió la razón á Cristián.

— ¿Para qué sirve tu fortuna, dijo, si gritas como un pequeño burgués porque tu hijo ha hecho una calaverada un poco viva? Trata de portarte como un hombre de tu posición... Cristián es tu hijo, lo que no es

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

lo mismo que ser el hijo de tu padre. Ha tomado costumbres, necesidades é ideas que tú no comprendes siquiera, y en vez de guardarle rencor porque hace rodar tu dinero, debías alegrarte. ¿Quieres que se rebaje atesorando dinero? ¡El hijo de Vernier-Mareuil maldito por su padre porque ha contraído deudas por una mujer!... ¡Debes evitarte ese ridículo! No esperes que te de la razón en este caso. Me humillas al obrar como un espíritu pequeño y, para hablar claro, como un hombre de nada...

— ¡Es que he salido de la nada y no quiero volver á ella! exclamó Vernier, rabioso al verse maltratado cuando esperaba que se le compadeciese. ¡Si dejo hacer á ese muchacho, me va á arruinar!

— No digas tonterías. Ya sabes que eso es imposible. Aunque tú mismo dieras en mantener Étiennettes, lo que te costaría más caro que á Cristián, no conseguirías comerte tus beneficios. Además, esa muchacha es linda... Tu hijo tiene buen gusto...

— ¿Cómo la conoces? gruñó Vernier.

— ¿Cómo no he de conocerla? Tenemos la misma modista. La encuentro en el Bosque, en el teatro, en las carreras. Este año estaba en Deauville y allí ha debido conocerla Cristián. Clamirón le llevó á su casa con otros amigos de la misma calaña...

— ¿Ese perdido?

— Sí; la individua era demasiado costosa para él y se la endosó á Cristián... Dicen que está loca por él.

— ¡El imbécil! ¿Por qué paga entonces?

— No querrás que tu hijo se haga mantener por ella...

— En fin, parece que crees que lo que ha hecho es natural...

— No veo en ello nada exorbitante. Las locuras de un hijo deben estar en proporción con los medios de su padre.

— Eres de una inmoralidad inconcebible. Con semejantes principios, me extraña que...

Emmelina no dejó acabar á su marido. Le interrumpió con un gesto de desdén y replicó con su voz más agria:

— Te agradeceré que no te extrañes de nada de lo que me concierne... Yo te evito mis asombros, que son diarios y sobre toda clase de asuntos... Te declaro que cada vez que pienso en lo ordinario, en lo torpe, en lo tonto que eres...

— ¡Ah! basta, te lo ruego, exclamó Vernier rojo como la escarlata.

— Tengo para ti una indulgencia perfecta. Me arreglo para paliar tus torpezas y tus ordinarieces, y ni lo agradeces ni lo ves... ¡Pero no seas impertinente, porque eso no lo tolero!

— Pero, querida mía... dijo Vernier, muy contrariado por el sesgo que tomaba la conversación.

— Eres pueblo de la cabeza á las pies. Te gusta lo brutal y lo vulgar y haces sonar tu oro con ostentación en el bolsillo para hacerte el sordo cuando te lo piden...

— Pero, en fin, dijo Vernier, que quería salir de aquel atolladero, ¿qué me aconsejas que haga?

— Hace una hora que te lo estoy diciendo: pagar, y sobre todo, pagar decentemente y sin historias.

— No querrás que dé á ese perdido doscientos mil francos sin hacerle una observación... El mes que viene volvería á empezar.

— Así lo hará si le agrada. No serás tú quien pueda impedírselo.

— Sí, porque le ataré corto y no pagaré.

— Recurrirá á los usureros y será peor.

Vernier, vencido por esa implacable lógica, dejó caer los brazos con desolación y Emmelina, viéndole vencido, le dijo :

— ¡ Vaya ! Envíame tu hijo. Voy á sermonearle como conviene y á hacerle oir lo que él no querría escuchar de ti... Y yo te haré saber sus disposiciones...

— Sí, sí, y te doy las gracias, dijo Vernier como si se viera libre de un peso. De ti, que eres tan superior á él, aceptará consejos y reprimendas...

— Sobre todo si le devuelvo sus pagarés...

— Los tendrás dentro de un instante.

— Entonces, cuenta con mi celo.

Á consecuencia de esta negociación las relaciones entre la joven madrastra y Cristián se dulcificaron y hasta se hicieron amistosas. Emmelina no era mala persona, siempre que se le dejara hacer cuanto quisiera, y procuraba llevar convenientemente el nombre de Vernier-Mareuil. Á los dos años de matrimonio había empezado á engañar á su marido con un guapo mozo, auditor del Tribunal de Cuentas, llamado barón de Templier. Raimundo Templier era un amigo de Cristián, de un poco más edad que él y muy rico. Aquellas relaciones fueron aprobadas en el gran mundo, que encontró la elección de la joven extremadamente juiciosa. Si el mismo Vernier la hubiera conocido, no hubiera podido hacer más que ratificarla. Su mujer, aun en medio de su mal proceder para con él, le guardaba todavía consideraciones. ¿Se le podía pedir más, á no ser faltando á todas las reglas del buen gusto ? Pero Vernier lo ignoraba todo y había tomado un gran cariño al barón de Templier y le martirizaba con sus atenciones hasta el punto de que si no le veía á su lado, iba á hacerle escenas de celos.

Vernier sufría la influencia del barón de un modo casi irresistible. Había momentos en que el banquero no hubiera dudado en preferirle á Cristián. Quería al amante de su mujer como á un hijo y hubiera sido capaz de todo por complacerle. Cuando en la casa había que obtener de Vernier algo enteramente contrario á sus ideas y hasta á sus gustos, se encargaba á Raimundo de la negociación, y sea por habilidad particular ó por una especie de fascinación física, lograba siempre lo que se proponía. Vernier tenía un desprecio innato hacia todo lo concerniente al mundo hípico y no daba á un caballo más precio que el que suponían sus servicios. Raimundo le decidió á tener una cuadra de carreras y le hizo interesarse en la educación de sus potros, lo que le costaba horriblemente caro, pues no ganaba casi nunca. Pero iba á los hipódromos con un anteojo y volvía radiante cuando había visto triunfar sus colores. Templier hizo más aún y obtuvo que Vernier tuviera un yate para que Emmelina realizase el capricho de ir á visitar los mares de Noruega para ver el sol de media noche. Vernier, que se mareaba, consintió en pasar una enfermedad para complacer á Raimundo, sólo porque éste le prometió ser de la expedición. Justo es decir que nadie se mostró jamás más atento ni más deferente con el marido de su querida. El mismo Mareuil, que al principio de las relaciones tomó la cosa por lo trágico y estuvo para advertir á su cuñado, acabó por someterse también y aceptó á Templier como de la familia. El socio de Vernier se explicó de este modo con su amigo el doctor Angogne :

— Evidentemente, no es esto el colmo de la regularidad. Pero, ahí tiene usted, querido, entre esta clase de gente y con la diferencia de edad que existe entre Vernier y su mujer, era seguro que ésta le engañaría.

Pues bien, ese diablo de hombre tiene tal suerte que resulta favorecido aun en lo malo que le sucede. Nunca hubiera podido creer que daría con un muchacho más encantador, más discreto ni más sociable. ¡ No puede usted figurarse el tacto de ese joven ! Jamás comete una torpeza ni una falta contra el buen gusto. Es para mí más cariñoso y más deferente que mi sobrino. ¡ Y riquísimo !... Con él no hay miedo de un desastre, como los que son tan frecuentes en el gran mundo... No juega á la Bolsa, no corre detrás de las mujerzuelas, es sobrio, es arreglado...

— En fin, dijo riéndose el doctor, si tuviera usted una hija, se la daría...

— Sin vacilar.

— ¿ Y no se la daria usted á Cristián ?

— No, por cierto.

— ¿ No se ha cansado todavía de esa muchacha rubia con la que se le encuentra en todas partes ?

— No es tan tonta que se deje abandonar. ¡ El hijo de Vernier-Mareuil ! Es el mejor bocado de Paris...

— ¿ Qué edad tiene Cristián ?

— Veinticuatro años.

— Pues bien, le quedan tres todavía para hacer tonterias, dijo el doctor. Después le casarán ustedes y se pondrá á fabricar ese horrible *Royal-Cordon* amarillo.

— ¿ Horrible ? Está usted fresco. ¡ Ochocientos mil francos de beneficio en el último semestre !...

— Y dos millones de franceses embrutecidos, desequilibrados y maduros para el hospital, si no es para el presidio... Porque, desengáñese usted, amigo mío, son ustedes los más temibles agentes de descomposición que existen.

— ¡ Bah ! El *Royal-Cordon* es tónico, estimulante, reconstituyente...

— No me repita usted las frases de su prospecto, que es mentiroso como todos los reclamos. Lo que no miente es nuestra estadística y ésta prueba que, en este momento, la Francia está á la cabeza del movimiento europeo...

— ¿ Por la inteligencia ?

— Por la borrachera. Y usted y todos los que envenenan y rebajan la raza, son unos criminales. Si yo fuera el Estado...

— ¿ Qué haría usted ?

— Impondría sobre el alcohol derechos tan formidables que no se pudiera beber una copa de licor por menos de diez francos.

— El Estado, entonces, tendría que empezar por no ser la hechura de los taberneros. ¡ Me hace usted reir !... ¡ La Cámara poniendo á ración á sus grandes electores, que son los vendedores de alcohol de toda Francia ! ¿ El suicidio entonces ? No, querido doctor, no estamos en esa corriente de ideas. ¡ El alcohol es el rey ! Créame usted, en vez de denigrar nuestras grandes marcas, fabricadas con tanto cuidado, debía usted recomendárselas á sus clientes. El *Royal-Cordon* amarillo es sincero y leal. Se sabe lo que contiene...

— Veneno, como la bala rasa á un franco. La locura, el crimen, la muerte... Amigo Mareuil, deseo que ninguno de los suyos sea atacado por el mal terrible de la embriaguez. Entonces comprendería usted que hay industrias criminales contrarias á la moral y que sería preciso prohibir como se ha prohibido la trata de negros, que era, sin embargo, un comercio muy lucrativo. Especular con el vicio es una mala acción que se castiga tarde ó temprano...

— ¡ Diablo ! Se vuelve usted loco con su antialcoholismo. No beba usted, si le parece tan dañoso, pero deje beber á los que les gusta.

— Adiós, corruptor.

— Hasta más ver, filántropo.

Y se separaron con un apretón de manos. Así acababan siempre todas sus querellas. Entre tanto la venta de los productos de la casa Vernier-Mareuil y los beneficios de la banca habían tomado tales proporciones, que Vernier se hizo construir en la plaza de Malesherbes un hotel señorial y acabó por considerar como absolutamente insignificantes los gastos que hacía su mujer en casa de los *modistos* más caros de París y las deudas que contraía Cristián por los lindos ojos de Etiennette Dhoriel.

II

Una de las criaturas más peligrosas que pudiera encontrar un hijo de familia era la encantadora rubia que se había apoderado de Cristián. Etiennette empezó por ser maniquí en casa de Doucet y allí dió vueltas y paseos delante de los clientes para hacer admirar los modelos nuevos. Un capricho por un actor de Variedades, de cara simiesca y que, sin embargo, hacía asombrosas conquistas, condujo á la joven al teatro, y allí su belleza, su gracia y el esplendor de su cabellera de un rubio rojizo sedujeron al joven Golsdcheider, que la puso una lujosa casa y la lanzó. En un año, Etiennette había hecho gastar al joven barón tales sumas, que la caja de su padre, sólida sin embargo, llegó á resentirse. La hermosa, salida de un departamento de la calle Pasquier y de un coche alquilado, llegó en doce meses á tener un hotel propio en la avenida del Bosque y un salón amueblado con el famoso mobiliario del príncipe Thurigny que costó ciento quince mil francos en casa de Wertheimer. Sus carruajes y sus caballos rivalizaban con los de las más brillantes cuadras de la capital, y tenía á su servicio al picador de lord Bloodberry, que